

AETERNA PULCHRITUDO

De Pulchritudo Rerum Si bien sería inapropiado polarizar las concepciones de lo bello en *participacionistas* o no, sin embargo, se advertiría que al tradicional predominio del punto de vista metafísico llegaron a contraponerse desde la *modernidad* otras perspectivas, de acentuadas índoles *psicológica, gnoseológica y axiológica*, las cuales, a diferencia de la visión integral de aquélla, a menudo adoptaron posturas *relativistas*. Mas tal vez al margen de tales enfoques se hallaran los simples amantes de la belleza, mundana o trascendente. Y así, tal como refirió cierto autor contemporáneo,¹ “unos y otros, los entusiastas de la belleza natural y los extasiados por la belleza cristiana, han de aparecer necesariamente ante el mundo como insensatos, y el mundo intentará explicar su estado apelando a leyes psicológicas, cuando no fisiológicas. Pero ellos saben lo que han visto y no se preocupan lo más mínimo por lo que dicen los hombres. Sufren por amor a ella y su compadecer queda ampliamente compensado por su ser-enardecidos por la suprema belleza...”

Cuando denominamos *bueno* a un ente, a una cosa, lo hacemos *por su relación al apetito* en cuanto posee las características de lo *perfecto y perfectible de otros a modo de fin*; en cambio, *por su adecuación a la inteligencia*, en cuanto *cognoscible*, lo llamamos *verdadero*. Mas existe además una tercera *conveniencia* de la realidad con el alma: la *verdad* y la *bondad* de las cosas, al ser conocidas, causan *agrado y deleite al que las contempla* y a esa propiedad de los entes nos referimos al afirmar que algo es *bello*. Y en esta misma perspectiva se ha expuesto que “Verdad, Bondad y Belleza son hasta tal punto propiedades trascendentales del ser, que sólo se las puede comprender como implicadas y confundidas mutuamente. En su comunidad prueban la inagotable hondura y la desbordante opulencia del ser. Muestran, finalmente, que todo se comprende y se devela sólo porque se fundamenta en un misterio último cuyo carácter misterioso no consiste en una falta de claridad sino, por el contrario, en la superabundancia de luz. Pues, ¿qué es más incompresible que el hecho de que la médula del ser consista en el amor, y que su destacarse como esencia y existencia no responda a otro fundamento que la infundamentada gracia?”²

Desde la conveniencia de la realidad con el alma, cabe tener presente que, aun cuando la contemplación de lo hermoso lleve siempre aparejado un deleite, *la belleza* no es, por cierto, el placer o el agrado mismos, sino *aquellas propiedades que hacen que su contemplación resulte grata*; semántica según la cual se preguntaba *San Agustín*,³ de si las

¹ Cfr. V. Baltasar, *Gloria, Una estética Teológica I. La percepción de la forma*, Madrid, Encuentro, 1986, 31-35

² Von Balthasar, *Teología I. La verdad del mundo*, Encuentro, Madrid 1997, 216s.

³ *De vera religione*, c32.

cosas son bellas porque deleitan o si agradan porque son hermosas, respondiendo: “sin duda se me contestará que deleitan porque son bellas”. Y en congruencia, al igual que *la bondad* no es un atributo que tenga origen en la voluntad del que quiere, sino una *perfección del objeto* querido, así las cosas seguirían siendo igualmente buenas o bellas aun cuando no existieran hombres, aptos para desearlas o apreciarlas. No obstante, podríamos cuestionarnos legítimamente si tendrían entonces algún sentido, estando ordenadas al hombre, en tanto *creatura contemplante a mayor gloria divina*. ¿Quién podría, pues, asombrarse ante ellas, ser arrebatado y elevado hacia el misterio, alabar en el gozo purificante?... En tal perspectiva, sin duda, la belleza, como el bien -de por sí difusivo-, carecería de su *valor dialogal, testificante*.

De lo que se trata ahora no es entonces de incursionar en posturas estéticas antagónicas ni en controversias temáticas *intrasistemáticas*, sino de aproximar la mirada hacia lo universal de una *experiencia personal, espiritual encarnada*, de una *experiencia estética* ante la belleza de la imagen, de la palabra, de la idea...; aún más, de una *experiencia dialogal* que supone obviamente no sólo la *presencia* en la *distancia*, sino también la *humana e inalienable configuración natural y cultural*, el *propio modo de entender, amar y gozar de las cosas, de su bondad, de su verdad, de su belleza*, sin partir necesariamente para ello de un armazón didáctico *ad hoc*, sino básicamente de una *auténtica percepción histórica interpersonal* entre quien admira la *armonía y esplendor* de las cosas y nada menos que el *Autor* de todas ellas, su *Máximo Exponente*. Y es que a decir verdad *la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*, de tal suerte que ya nada volvió a ser lo mismo para nadie, pues ante el ingreso del Verbo de Dios en el tiempo histórico, se cambiaría desde entonces para siempre la *economía de lo sagrado*, tanto como de sus *signos e imágenes*, portadoras de su Belleza según su *reflejo participado*. Así, todo cuanto observamos a nuestro alrededor, que a menudo parece a primera vista de poca relación entre sí, posee, sin embargo, algo en común y -podría también decirse- posee una *belleza analógica*, pues todas las cosas *son bellas* de un modo u otro, en tanto todas en definitiva son *entes*.⁴ Algo más, conviene tener presente acerca del conocimiento de las cosas, del conocimiento del ente -y de lo que reluce con claridad, armonía e integridad-, que tal avance en comprensión puede obtenerse, o bien a través de las *nociones predicamentales*, que expresan un modo particular de ser, *en sí –sustancia-*, o *en otro –accidente-* y tratan de

⁴ Por eso puede afirmarse que, cuanto rodea la existencia humana, es *ente* o un aspecto o propiedad suya; de tal manera que *lo primero que concibe el entendimiento, como lo más conocido, y en lo que resuelve todos sus demás conceptos, es el ente, y es por eso necesario que todos los demás conceptos del entendimiento se tomen por adición al ente*, también la belleza. Y por otra parte, empero, *nada puede añadirse al ente, como algo extraño a su naturaleza, como una diferencia se añade al género, o el accidente al sujeto, porque cualquier naturaleza es, esencialmente, ‘ente’*, razón por la cual las demás nociones no significan algo ajeno a él, sino un *modo especial* suyo, o una *propiedad* suya; algo que la noción de *ente* no señala de modo explícito y que, por ello, es preciso denotar; y así ocurre cuando decimos que una cosa es *bueno, verdadera, o hermosa...* Cfr. *Sto. Tomás de Aquino, De Veritate*, q. 1, a. 1, c.

los *géneros supremos* en los que se divide la realidad creada, o bien a través de los *conceptos trascendentales*,⁵ que designan *aspectos pertenecientes al ente en cuanto tal*; nociones que expresan un *modo* que se sigue del ente en general, algo que conviene a todas las cosas –no sólo a las sustancias-, es decir, la *unidad*, la *bondad*, la *belleza*, que se predicán de todo aquello a lo que se puede aplicar el calificativo de *ente*; y tienen en verdad la misma amplitud universal que esta noción;⁶ razón por la que resulta del todo pertinente hablar entonces de *la belleza de las cosas*, puesto que todas la poseen, según modos, grados y singularidad propios.⁷

Conviene así recordar también que tenemos, además de la noción de *ente*, otras seis nociones trascendentales: *res* –cosa-, *unum* –unidad-, *aliquid* –algo-, *verum* –verdad-, *bonum* –bondad- y *pulchrum* –belleza-, de las cuales cuatro son *fundamentales* y convienen propiamente tanto a Dios⁸ como a las creaturas, y son la *unidad*, la *verdad*, la *bondad* y la misma *belleza*. Por ende, si bien según nuestro conocimiento las nociones *trascendentales* no son sinónimos del *ente*, pues manifiestan de modo explícito aspectos no significados por esa noción, no obstante, en cuanto realidad se identifican de modo absoluto con el ente, ya que *unidad*, *algo*, *verdad*, *bondad* y *belleza* no son realidades distintas del *ente*, sino *aspectos* o *propiedades* del *ser*.⁹ De aquí, pues, que *la belleza* pueda constituirse en *transparencia del misterioso trasfondo del ser de toda aparición...* Ahora bien, en Dios, que es *simplísimo*, todo se identifica, ya que su *Ser* es su *Obrar* y, por otra parte, su *Inteligencia* y su *Voluntad* no son

⁵ En los últimos siglos el término *trascendental* se apegó a significados radicalmente distintos; y uno de los más notorios fue el de Kant, quien así llamó a *todo conocimiento que se ocupa no tanto de los objetos como del modo de conocerlos, en cuanto este modo es posible a priori. El sistema de tales conceptos puede ser llamado filosofía trascendental* (Crítica de la Razón Pura, A 12/B25).

⁶ Se trata de nociones *trascendentales*, en tanto *trascienden* el ámbito de los *predicamentos*, pues, por ejemplo, *el bien* o *la belleza* no se restringen sólo a *la sustancia*, sino que se encuentran además en los *géneros accidentales*, porque en tanto que son, son *buenas* y *bellas*. Cfr. Sto. Tomás de Aquino, *De veritate*, q. 1, a.1.c.

⁷ En la esfera de los *entes compuestos de materia*, la *belleza* se presenta con mayor fraccionamiento y dispersión, debido a que cada ente, por la limitación de la materia, no puede agotar, desde ningún punto de vista, todas las perfecciones de su especie. Ningún ente material manifiesta la *belleza* en toda su extensión, ni siquiera la de su género o especie, pues en los diversos individuos la forma sustancial se encuentra realizada de modos varios, con accidentes más o menos perfectos y adecuados a su naturaleza. Este individuo, además, difícilmente será hermoso en todos sus aspectos... Al igual que en las sustancias espirituales, hay en los entes materiales una gradación de *belleza secundum quid* correspondiente a su grado de entidad. Y desde este punto de vista, las especies más perfectas son las más bellas. Aunque atendiendo a la *belleza* en su sentido más pleno –*pulchrum simpliciter*–, un individuo de una especie inferior puede ser más bello que el de una superior, como una rosa perfecta posee una hermosura mayor que un caballo deforme. Todo esto en lo que se refiere a los fines immanentes a los individuos. Sin embargo, el cenit de *belleza* se mide respecto de la consecución del fin trascendente, porque es aquí donde también se halla el culmen de perfección. Por su parte, el hombre, por no ser creatura puramente material, está dotado de libertad, y es tarea que cae bajo su propio dominio alcanzar o no su fin último trascendente (Dios). De este modo, el grado de *belleza* más alto que objetivamente puede lograr el hombre es el que se desprende de su libre ordenación a Dios. La *belleza* corporal queda, pues, en comparación con ésta, en un segundo plano. Se entiende así, finalmente, por qué se habla de la fealdad del pecado, incomparablemente mayor a cualquier contrahechura física: el libre apartamiento del fin supone la más grave desarmonía que puede introducirse en el universo, la más acusada dispersión, el más notorio entenebrecimiento. Y si el pecado es fealdad la virtud es *belleza*, mas no una *belleza* meramente natural sino dependiente en mucho de la libertad humana, en cuanto hábito del espíritu. En este sentido la *recta ratio agibilium* se perfila en la autorrealización perfecta como *recta ratio factibilium*, que embellece la riqueza personal simpliciter hacia su plenitud secundum quid a imagen y semejanza del Hijo, en el cauce de sus sacramentos.

⁸ Sin obviar que en Dios la esencia no es principio limitador del ser, pues esencia y ser divinos se identifican; la esencia de Dios es su ser (cfr. *S.th.*, I, q.3, a.4.c).

⁹ En cambio, según la filosofía idealista, la realidad se *disuelve* en idealidad, en puro pensamiento; el idealismo tiende a destacar las relaciones que enlazan realidad y actividad, con reducción de la actividad a la actividad del sujeto, que condiciona el presentarse de lo real como objeto. Así, postula Fichte, v.g., que *toda realidad es activa* y *toda actividad es real*; y como el acto surge del yo, *la fuente de todo lo*

facultades distintas sino el mismo *Esse divino*. Y si nos advierte *Dionisio Areopagita* en su *Divinis Nominibus* que el primer nombre de Dios desde la perspectiva creatural es el de *Bien*, podemos también advertir que, en cuanto procede *ad extra*, Dios es también Belleza, y puede sin temor ser llamado tal, superlativamente. Así, pues, prevenimos ya con *Martini*,¹⁰ que *ancora oggi la domanda su questa bellezza ci stimola fortemente: “Quale bellezza salverà il mondo?”*. *Non basta deplorare e denunciare le brutture del nostro mondo. Non basta neppure, per la nostra epoca disincantata, parlare di giustizia, di doveri, di bene comune, di programmi pastorali, di esigenze evangeliche.*¹¹ *Bisogna parlarne con un cuore carico di amore compassionevole, facendo esperienza di quella carità che dona con gioia e suscita entusiasmo: bisogna irradiare la bellezza di ciò che è vero e giusto nella vita, perché solo questa bellezza rapisce veramente i cuori e li rivolge a Dio. Occorre insomma far comprendere ciò che Pietro aveva capito di fronte a Gesù trasfigurato (“Signore, è bello per noi restare qui!”: Mt 17,4) e che Paolo, citando Isaia (52,7), sentiva di fronte al compito di annunciare il vangelo (“Quanto sono belli i piedi di coloro che recano un lieto annunzio di bene! : Rom 10,15).* Es que *belleza y perfección* se hallan íntimamente emparentadas, pues el fundamento de la belleza está en el ser, y ello supone la convertibilidad o equivalencia entre el *pulchrum* y el *ens*,¹² y porque al convertirse con el bien asimila su influencia motora y práctica.¹³

Quod fuit ab initio Lo que fue desde el mismo *Principio* y aún en la *Plenitud de los tiempos* –que sin duda trasciende los *contemporáneos*–, se encarnó en verdad con amor, con

real es el Yo (Grundlage der gesamten Wissenschaftlehre, 2º ed., Jena 1802, p.62); en sentido análogo dice Hegel: *Todo lo racional es real y todo lo real es racional* (Grundlinien der Philosophie des Rechts, Berlín 1820, Prefacio).

¹⁰ Carlo Maria Martini, Cardenal Arzobispo de Milán, *Quale Belleza Salverà il Mondo?*, *Letera pastorale per l'anno 1999-2000*. Centro Ambrosiano.

¹¹ “In un mondo senza bellezza - anche se gli uomini non riescono a fare a meno di questa parola e l'hanno continuamente sulle labbra, equivocandone il senso - in un mondo che non ne è forse privo, ma che non è più in grado di vederla, di fare i conti con essa, anche il bene ha perduto la sua forza di attrazione, l'evidenza del suo dover-essere adempiuto; e l'uomo resta perplesso di fronte ad esso e si chiede perché non deve piuttosto preferire il male [...]. In un mondo che non si crede più capace di affermare il bello, gli argomenti in favore della verità hanno esaurito la loro forza di conclusione logica” (H. URS VON BALTHASAR, *La percezione della forma*, vol. 1 di *Gloria*, Milano, 1985, 11). Tutta la trilogia di von Balthasar, a partire dai sette volumi di *Gloria* e poi nella *Teodrammatica* e nella *Logica*, approfondiscono questa comprensione del mistero di Dio dal punto di vista del “bello” e della sua espressione perfetta nel Verbo Incarnato e nella sua Chiesa operante nella storia. Cf. Carlo Maria Martini, *Ibid.*

¹² Pero, análogamente a como acontece con el *bonum*, es menester destacar que las cosas son bellas *en cuanto que son*, porque tienen, por el simple hecho de ser, una cierta actualidad, es decir, gozan de alguna perfección. Y este es un sentido fundamental de belleza, aunque no el único... Llamamos a una cosa *bella* en *sentido pleno (simpliciter)* cuando posee toda la perfección requerida por su naturaleza. De ese modo, decimos que algo es bello en la medida que tiene la armonía y perfección propias de su naturaleza (*pulchrum simpliciter*), y no simplemente por tener su *relativa belleza (pulchrum secundum quid)*. Al no distinguir entre *pulchrum simpliciter* y *pulchrum secundum quid* Nicolai Hartmann lleva a cabo una reducción del segundo al primero, negando por consiguiente la trascendentalidad de la belleza; y en su Estética deja ver con claridad que lo bello no se convierte con lo bueno, con lo verdadero y, en definitiva, con el ente. Y así, por ejemplo, para él las acciones –aunque obviamente tienen ser– no pueden calificarse como bellas, a no ser de modo metafórico, es decir, equívoco.

¹³ Por cierto, aunque todas las cosas son buenas en sí mismas, algunas resultan dañinas para el hombre, v.g., una sustancia venenosa. Y lo mismo sucede con la belleza: no toda belleza le resultará conveniente... No obstante, todas las creaturas tienen su propia hermosura, mayor o menor según su perfección; pero para que al ser humano le agrade la belleza de las cosas debe existir una cierta proporción entre sus potencias cognoscitivas y la hermosura que capta. Es precisamente esa adecuación, esa conveniencia con el objeto, lo que, al hacer más adecuado y fácil su conocimiento, causa deleite. Son nuestras facultades, creadas por Dios para conocer el ser, que se gozan en la contemplación de lo que es perfecto. La necesidad de esta proporción proviene sobre todo de nuestra naturaleza corporal y del conocimiento sensible. Y así se explica que haya aspectos de la belleza que *exceden* a algunos hombres, como hay también verdades opacas para ciertas

bondad, con imagen -con bella imagen-, con una belleza ciertamente salvadora,¹⁴ y con trágica poesía definitivamente cambió el drama entero de nuestras vidas... He aquí, a la postre, la *Belleza* que arrebató nuestro ánimo y nos conduce cual *acto perfecto y perfectivo complaciente* hacia nuestra bella plenitud *singular y personal*.¹⁵ He aquí algo *trans-epocal* y -si cabe la expresión- la inefable *experiencia estética trascendental*...

En su tiempo decía ya Platón -en el *Fedro*- que mientras no hay en la tierra imágenes visibles de la Sabiduría, hay, en cambio, imágenes visibles de la Belleza;¹⁶ y reflexionar sobre tal aserto nos permitiría advertir que mientras la *participación* de las *cosas terrenales* en el *ser verdadero* se halla doblemente alejada de éste, la participación de las mismas cosas en *lo bello en sí* resultaría *directa*, de modo que si no *reluce* sin más la *Verdad* en las cosas terrenales, sí lo hace la *Belleza*; suceso que empero no implica que su *contemplación* sea una operación sensible, o al menos meramente sensible. Y por otra parte concluía asimismo Platón -en el *Filebo*- que la llamada *belleza sensible* ha de consistir en *pura forma: líneas, puntos, medida, simetría* y hasta *colores puros*, que son, según él, los elementos con los cuales se configura *lo bello* que contemplamos, añadiendo -en *Las leyes*-, en lo concerniente a la música, la *armonía* y el *ritmo*, y la *buena acción*, en lo tocante a la vida social. Finalmente, aun cuando en su concepción estética se diera siempre la diferencia entre el *ser verdadero* y el *ser bello*, no podría negarse desde otro ángulo de apreciación que el segundo conducirá normalmente al primero; y a tal propósito recordemos la famosa *escalera de la belleza*, de la que también hablara -en el *Banquete*-, cual metáfora de *lo bello*, como acceso al ser...

Grandes intuiciones estéticas, sin duda, compartidas y desarrolladas por diversos pensadores en diversas épocas, que arrebatados a su vez por la belleza a partir de sus propias experiencias advirtieron la *virtud enaltecida* de este *esplendor de las cosas*, capaz de conducir al hombre a su *misteriosa profundidad*. Y a la sazón, así fuera concebida la belleza muy luego, recharacterizada cual *transparencia del misterioso trasfondo del ser de toda aparición, inmediata revelación en todo lo revelado, de lo indomable que excede la*

inteligencias... Se explica también que a veces se requiera una cierta *educación estética*, sin la que es difícil percibir la belleza de algunas manifestaciones artísticas. Y todo esto no hace sino confirmar que la belleza es un atributo de las cosas.

¹⁴ "...In questa ricerca, talora sofferta proprio per la molteplicità dei temi e la difficoltà di collegarli in maniera convincente, sempre più mi è entrata nel cuore la domanda che Dostoevskij, nel suo romanzo *L'idiota*, pone sulle labbra dell'ateo Ippolit al principe Myskin. "E' vero, principe, che voi diceste un giorno che il mondo lo salverà la 'bellezza'? Signori - gridò forte a tutti - il principe afferma che il mondo sarà salvato dalla bellezza... Quale bellezza salverà il mondo?". Il principe non risponde alla domanda (come un giorno il Nazareno davanti a Pilato non aveva risposto che con la Sua presenza alla domanda "Che cos'è la verità?": *Gv 19,38*). Sembrerebbe quasi che il silenzio di Myskin - che sta accanto con infinita compassione d'amore al giovane che sta morendo di tisi a diciotto anni - voglia dire che la bellezza che salva il mondo è l'amore che condivide il dolore.". Cf. Carlo Maria Martini, *Ibid.*, (introducción).

¹⁵ El hombre que escucha los reproches de su corazón, de su conciencia, sabe que Dios lo conoce todo y que Él es Amor, más clarividente y magnánimo que nuestra conciencia; pero se presume en esto la práctica del amor y de los mandamientos, que nos conducen perfectamente. Se trata, en lo más profundo de su conciencia, de una experiencia personal de la gracia divina que no actúa sólo cual eficiencia a la que el hombre adhiere con su voluntad libre sino que, cual bello bien, y por eso, cual causa fin, casi *arrebata* hacia la perfección...

¹⁶ Cfr. José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Alianza Editorial S.A., Madrid, 1979, 1980; voz *bello*.

revelación, del eterno cada vez más que hay en la esencia misma del ente.¹⁷ Y de tal suerte se perfila en verdad la belleza en el marco de los *trascendentales* como *transparencia del fundamento*, en tanto pueden sostenerse sólo desde una perspectiva realista ciertos aspectos derivados necesariamente del ente, sus *propiedades trascendentales* -*unidad, verdad, bondad, belleza*- que caracterizan a cualquiera sea, en tanto que sea, a la *sustancia* o a los *accidentes*, al *acto* o a la *potencia*..., a las *creaturas* o al *Creador*.¹⁸ Arribados, pues, a este punto de análisis, no cabe ya perder de vista que al mentar lo bello la palabra misma con la que decimos *belleza* es a la vez *bella*, porque *ente*; pero además, porque en verdad este λογος significa, cual ninguna otra realidad, la asombrosa *síntesis humana* –*espíritu-corpórea*- que trasciende ciertamente el carácter instrumental que a menudo le asignamos al *verbo*,¹⁹ y surge así cual manifestación misma de nuestro ser *hic et nunc*, resultando también *obra nuestra*, y a veces hasta de bello arte,²⁰ siempre que en definitiva refleje en parte al menos *lo bello en sí*.²¹ En consonancia, se ha referido acerca de la *dimensión objetiva* de la Belleza que “... La forma visible no sólo *remite* a un misterio profundo e invisible. Es además su manifestación; lo *revela* al mismo tiempo que lo *vela*. En cuanto forma natural o artística, posee un exterior que se manifiesta y una profundidad interior, pero ambos aspectos son inseparables entre sí. El *contenido* no está *detrás* de la forma, sino *en ella*. Al que no es capaz

¹⁷ Cfr. V. Balthasar, *Teología I. La verdad del mundo*, Encuentro, Madrid 1997, 216s.

¹⁸ Cfr. Tomás Alvira, Luis Clavell y Tomás Melendo, *Metafísica*, 5ta. Ed., Eunsa, Pamplona.

¹⁹ En torno, pues, de cómo predicamos *la belleza*, conviene observar que un mismo término se predica *análogamente* de dos realidades cuando se atribuye a cada una de ellas de manera en parte igual y en parte diversa; y así sucede con el ente, que se predica de todo cuanto es, pero no se refiere a todo de la misma forma. Mas el fundamento último de tal analogía está en las realidades mismas a las que el término análogo se refiere, que son en parte iguales y en parte diferentes; y si *ente* se atribuye a Dios y a las *creaturas de modo análogo*, es porque entre el Creador y lo creado se da cierta *semejanza*, unida a una no menos clara *desemejanza*, en tanto Dios y las *creaturas son* (semejanza), pero Dios es *por esencia*, mientras las *creaturas sólo por participación* (desemejanza). El fundamento de la predicación analógica de *ente* es el *acto de ser*, pues algo puede llamarse *ente* en la misma medida en que tiene *esse*; y éste se posee *por esencia* o *por participación*, en sí, o como *accidente de la sustancia*, en *acto*, o en *potencia*, y, por cierto, en las *creaturas*, siempre recibido de Dios, el único *Ser subsistente*. Es decir, entonces, que la *raíz metafísica* de la *analogía* es la *participación del ser*, que Dios posee *por esencia* y de modo pleno, y las *creaturas de forma gradual y según composición* (v.g. de *potencia* y *acto*, o de *sustancia* y *accidentes*); analogía que se aplica a los *trascendentales*, que en realidad se identifican con el *ente* y tienen como base el *acto de ser*.

²⁰ En este entendimiento se ha dicho, entonces, en torno de la *unión dinámica* del *signo sensible* con las *ideas*, que “la designación de los conceptos y la conexión de las ideas en la frase, una y otra emanan del objetivo de alcanzar la perfección interna de la idea y la comprensión y entendimiento externos. Además y con cierta independencia respecto de lo anterior, en la lengua va tomando forma un principio de creación artística que le es enteramente propio. Pues en ella los conceptos tienen por soporte los sonidos, y la armonía y conjunción de todas las fuerzas del espíritu entran así en unión con un elemento musical que no renuncia a su naturaleza, sino que tan sólo la modifica. La belleza artística de la lengua no viene a ella como mero ornato debido al azar; al contrario, es una consecuencia en sí misma necesaria del resto de su esencia, y una inequívoca piedra de toque de su perfección tanto interna como general. Pues el trabajo interno del espíritu no se eleva hasta las simas más audaces si el sentimiento de la belleza no derrama su claridad sobre él. Ahora bien, (...) la lengua se enfrenta en el sentido más genuino con un dominio infinito y sin fronteras, el conjunto de todo lo pensable. Eso le obliga a hacer un uso infinito de medios finitos...”. Cfr. V. Humboldt (1767-1835), *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano*, apartado 24; Ed. Anthropos, Barcelona, 1990.

²¹ Este sentido principal de la hermosura se revela por ciertos caracteres que provocan inmediatamente el agrado estético -señalados por Santo Tomás- con tres rasgos fundamentales: 1.- En primer lugar, una cierta *armonía o proporción* del objeto en sí mismo y en relación a lo que le rodea; proporción que no excluye la variedad, que no es monotonía ni ausencia de matices, v.g., la maravillosa disposición del universo en su conjunto; la cadencia de un fragmento de música clásica; o la armónica integración de un organismo vivo. 2.- Otro de los constitutivos de lo bello es la *integridad o acabamiento* del objeto en relación con las perfecciones exigidas por su *forma sustancial* o sus *formas accidentales*. Un ente bello está acabado, no sólo en su sentido más estricto, sino también en el de ese *toque final* que hace de una realización más o menos correcta una lograda obra de arte. 3.- Y, por fin, la *claridad*, referida tanto al ámbito de la materia como al del espíritu; y para el oído -el órgano ordenado a la Palabra en cuanto sonante-, aquella *disposición de los sonidos que hacen más prístina y agradable* la audición. Son tres características que revisten en cada caso modalidades diversas, pero que se hallan de un modo u otro presentes en todo lo que goza de belleza *simpliciter*. *Perfecciones de la belleza* que constituyen el *fundamento objetivo de la Estética*, que, concebida como ciencia distinta de la metafísica, conecta con ella a través del *pulchrum simpliciter*. Por eso, todo lo que reúne las características esenciales (*armonía, integridad, claridad*) es objetivamente *bello*, aunque no satisfaga determinada sensibilidad estética...

de ver y comprender la forma, también se le escapa el contenido.²² Y a quien la forma no ilumina, tampoco el contenido aportará ninguna luz”,²³ nada, sin duda, le dirá... Con cierta razón se ha dicho, pues, en torno de la expresividad dialogal y dramática de la palabra²⁴ que “la dinámica de la esencia y apariencia, de significación e imagen, logra su plena realización en la palabra. Ya la imagen era un modo de lenguaje, en tanto era considerada como manifestación de una esencia. La palabra que surge del centro de la intimidad subjetiva y libre del hombre, es descripta de acuerdo con este mismo movimiento de aparición de la esencia en una apariencia, sólo que el modo del lenguaje espiritual asume ahora la universalidad del concepto” y -diríamos también- de la idea, del λογος humano a imagen y semejanza del Λογος divino que existía desde el *Principio*, que se nos manifestó en cuerpo y alma... para tornarnos a su imagen y filial semejanza. Se trata en realidad de la *Palabra Eminente*, sumo *analogado* de toda palabra, convertida en nuestro *Camino, Verdad y Vida*, desde el Principio existente, luego manifestada casi con toda su Belleza.

Se trata en verdad de la “...bellezza seducente,²⁵ che allontana dalla vera meta cui tende il nostro cuore inquieto: è invece la “bellezza tanto antica e tanto nuova”, che Agostino²⁶ confessa come oggetto del suo amore purificato dalla conversione, la bellezza di Dio; è la bellezza che caratterizza il Pastore che ci guida con fermezza e tenerezza sulle vie di Dio, che è detto dal vangelo di Giovanni “il Pastore bello, che dà la vita per le sue pecore” (Gv 10,11). E’ la bellezza cui fa riferimento san Francesco nelle Lodi del Dio altissimo quando invoca l’Eterno dicendo: “Tu sei bellezza!”. E’ la bellezza di cui recentemente ha scritto il Papa nella Lettera agli artisti affermando: “Nel rilevare che quanto aveva creato era cosa buona, Dio vide anche che era cosa bella... La bellezza è in un certo senso l’espressione visibile del bene, come il bene è la condizione metafisica della bellezza”. (...) Non si tratta quindi di una proprietà soltanto formale ed esteriore, ma di quel momento dell’essere a cui alludono termini come gloria (la parola biblica che meglio dice la “bellezza” di Dio in quanto manifestata a noi), splendore, fascino: è ciò che suscita attrazione gioiosa, sorpresa gradita, dedizione fervida, innamoramento, entusiasmo; è ciò che l’amore scopre nella persona amata, quella persona che si intuisce come degna del dono di sé, per la quale si è pronti a uscire da noi stessi e giocare con scioltezza”.

Plena Pulchritudo En todo caso, los caracteres que hacen bello un objeto surgen en definitiva de su propio ser. Y de tal modo, Dios, quien posee el Ser en toda su plenitud es también *Belleza Suprema y Absoluta*. Così “E’ bello cercare nella storia i segni dell’Amore

²² Así, una noticia narrada de forma desmañada, no genera el mismo agrado que si expuesta en buena literatura, en la medida que añade esplendor al mero conocer, pues “ante lo bello –mejor dicho, no ante ello, sino en ello- vibra el hombre todo. No se limita a encontrarlo y a aferrarse, se siente también aferrado y poseído. En la medida en que estas experiencias son los momentos y los impulsos más elevados de la existencia y se valoran y viven como tales, lo bello desempeña su función totalizadora, puede comprenderse sólo como culminación del edificio de las propiedades trascendentales del ser y desemboca de un modo natural en lo religioso, como lo demuestra la religión mítica en todos sus estadios y como lo corrobora sobreabundantemente la revelación cristiana, que lleva a plenitud todo mito y lo trasciende”. Cf. V. Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. I., La percepción de la forma (La dimensión subjetiva: La percepción estética como contemplación y arrebató, como armonización y sintonización)*; Encuentro, Madrid, 1986

²³ Cf. V. Balthasar, *Gloria, Una Estética teológica I. La percepción de la forma*, Madrid, Encuentro, 1986.

²⁴ Cfr. Cecilia Inés Avenatti de Palumbo, *Imagen y Palabra; Fenomenología de la expresividad en Hans Urs von Balthasar*; Ediciones del Viejo Aljibe, Buenos Aires, 1998.

²⁵ Cf. Carlo Maria Martini, *Ibid.*.

²⁶ Cf. San Agustín de Hipona, *Confesiones*, 10, 27.

Trinitario; è bello seguire Gesù e amare la sua Chiesa; è bello leggere il mondo e la nostra vita alla luce della croce; è bello dare la vita per i fratelli! E' bello scommettere la propria esistenza su Colui che non solo è la verità in persona, che non solo è il bene più grande, ma è anche il solo che ci rivela la bellezza divina di cui il nostro cuore ha profonda nostalgia e intenso bisogno.”²⁷ Y ciertamente, ¿Qué sería de este mundo sin la belleza? ¿Podemos conjeturarlo?:

“*En un mundo sin belleza (...), en un mundo que quizá no está privado de ella pero que ya no es capaz de verla, de contar con ella, el bien ha perdido asimismo su fuerza atractiva (...)* En un mundo que ya no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demostrativos de la verdad han perdido su contundencia, su fuerza de conclusión lógica. (...) Y si esto ocurre con los trascendentales, sólo porque uno de ellos ha sido descuidado, ¿qué ocurrirá con el ser mismo? Si Tomás consideraba al ser como “una cierta luz” del ente, ¿no se apagará esta luz allí donde el lenguaje de la luz ha sido olvidado y ya no se permite al misterio del ser expresarse a sí mismo? (...) El testimonio del ser deviene increíble para aquél que ya no es capaz de entender la belleza”.²⁸

De tal suerte, pues, la lucha clásica entre el Bien y el mal también es la de la Belleza contra la fealdad...²⁹ Y de aquí que sea preciso recobrar la esperanza en la Belleza. En efecto, de la *esperanza de la visión* de la *Suma Belleza* y de la *santidad consumada* se derivan desde ahora, por la acción de Jesucristo, la abstención del horror del mal, como conviene a hijos de Dios que han sido *justificados y embellecidos* para su Gloria por la bella comunicación que Dios nos trae en Cristo Jesús.³⁰

Alejandro Bentivegna Sáenz

²⁷ Carlo Maria Martini, *Ibid.*

²⁸ V. Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. I, La percepción de la forma (La estética como momento integrador de la ética y la lógica)*; Encuentro, Madrid, 1986.

²⁹ Y así, a expresiones como: *ser de Dios, de la Verdad, ser hijos de Dios*, que significan el influjo perfectivo de la Belleza de Dios, se oponen las expresiones como: *ser del Diablo, del Maligno, del mundo*, para designar el horror de su influjo extraviante.

³⁰ Al imitar a Cristo, debemos inspirarnos en su Bienaventurada Madre, humanidad plenamente realizada y la más bella creatura, pues, verdaderamente, “**Maria** è la figura della credente che sta in ascolto del mistero di Dio anche dinanzi all’imperscrutabilità dei Suoi disegni: “Come avverrà questo? Non conosco uomo” (v. 34). Ella non dubita: vuole solo essere guidata dal Signore nelle Sue vie. È già la donna del Venerdì santo, cui una spada trapasserà l’anima (cf. Lc 2,35) ai piedi della Croce di Suo Figlio (cf. Gv 19,25-27). È già Maria del Sabato santo, la sola a conservare la fede nel tempo del silenzio di Dio e della Sua apparente sconfitta nella lotta con le potenze di questo mondo. Eppure, è già la donna della riconciliazione, la Vergine coperta dall’ombra dell’Altissimo per concepire il Verbo nella carne, avvolta dalle relazioni fra Dio Padre e il Figlio che si fa presente in lei nella forza dello Spirito. In tutto vicina a noi, nella fragilità della condizione creaturale e nell’esperienza dolorosa dell’accompagnare il cammino di suo Figlio verso la Croce, Maria è la donna che col “sì” della sua fede fa del suo oggi l’oggi di Dio. Per l’intercessione di Maria, Vergine dell’ascolto e Madre del Bell’Amore, chiediamo la capacità di riconoscere in ogni essere e in ogni situazione della vita e della storia la presenza dell’amore trinitario di Dio, custodia di tutto ciò che esiste”. Cf. Martini, *ibid.*